EL SEMBRADOR

Febrero, 1954 | Seminario Conciliar — Barcelona | N.º 164

La oración de los niños

LOS NIÑOS están muy cerca de Dios. En sus almas blancas, sin repliegues, se complace El de manera especial. Y por eso cuida celosamente de que nadie las mancille: "Al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos, que en mí creen, más le valdría atarse una rueda de molino al cuello y arrojarse al río". "No los despreciéis..." "Dejadlos venir a Mí..."

Con ocasión del Año Santo Mariano el Cardenal Arzobispo de París ha presentado al Papa la sugerencia de celebrar una jornada de oración infantil en el mundo entero. Para urgir del cielo tantas gracias como el mundo hoy necesita y para que todos se aprovechen de este Año Mariano.

Y el Papa no ha podido menos de bendecir la idea y hacerla suya, a la vez que ha recordado que en más de una ocasión ha pedido él las oraciones de los niños como remedio a las necesidades de la humanidad. Necesidades que siguen teniendo actualidad y por lo que él pide a todos los niños del orbe no un día sólo de oración, sino la oración constante de todos los días.

Ya lo saben mis amiguitos, los lectores de EL SEMBRADOR: El Papa espera de vosotros oraciones fervorosas y repetidas. Porque vosotros tenéis mucho que hacer, a pesar de vuestros pocos años, en el mundo de hoy.

A orar una y muchas veces ante el altar de la Virgen en este año a Ella consagrado, por las necesidades del mundo y por las intenciones del Vicario de Cristo.

ANTE EL DIA DEL SEMINARIO

Ya se va acercando. Y nosotros os esperamos. Porque nadie mejor que vosotros propaga por todas partes esta idea. Aunque no sepáis hacer discursos, ni entendáis del todo el alcance de muchas cosas.

El Día del Seminario es el día de los niños buenos: que saben rezar de rodillas el rosario para pedir por los Sacerdotes y seminaristas; que ofrecen sacrificios a Dios por esta misma intención y todo les parece poco; que en su casa y en la calle proclaman la excelencia del Sacerdocio.

¡Atención! ¡Porque pronto os diremos lo que esperamos de vosotros! Y os daremos trabajo. ¡No faltaba más! ¡Si sois los que mejor lo hacéis de todos!

Oración, sacrificio y propaganda son tres medios de ayudar al Seminario. Los tres están en tus manos y puedes hacer uso de ellos.

Los Angeles y el Sacerdote

S. Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, acababa de conferir las Sagradas Ordenes a unos seminaristas. Mientras estaba dando gracias vió que al salir de la iglesia los recién ordenados, se detenía uno de ellos que había recibido el Presbiterado. Sin atreverse a pasar, hacía ademanes de corteses excusas, que llamaron la atención del Santo Obispo. Por fin, después de unos momentos, se decidió y salió del templo; pero antes hizo una profunda reverencia ante algo que no se veía.

Cuando, terminadas sus oraciones, regresó a su despacho, mandó S. Francisco de Sales llamar al nuevo Sacerdote para pedirle explicaciones de aquel extraño comportamiento.

—Monseñor, le dijo, puesto que me habéis visto, os revelaré confidencialmente que hace tiempo disfruto de la presencia de mi Angel Custodio. Antes me precedía y caminaba a mi derecha. Pero al ser ungido Sacerdote se colocó a mi izquierda y, al salir por la puerta, me hizo pasar delante por respeto a mi dignidad sacerdotal.

NO DIGAIS MENTIRAS

S. Juan Cancio iba un día en peregrinación a Roma. Le salieron al camino unos ladrones y le despojaron de todo cuanto llevaba. Sólo le dejaron el vestido con que se cubría.

—¿Tienes algo más? —le preguntaron.

—No, respondió el santo peregrino.

Se marcharon los ladrones y el buen Juan prosiguió su camino. Pensando, se dió cuenta que tenía aún unas monedas cosidas en el vestido, y atormentado ante la sombra de una mentira que pudo haber en su respuesta negativa a los bandidos, se fué corriendo en busca de ellos y los ofreció las monedas que por olvido no entregó antes.

Maravillados de la sencillez y sinceridad del caminante, los ladrones le devolvieron cuanto le habían quitado, a la vez que le prometieron dejar aquella vida.

RESPETO AL SACERDOTE.—S. Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, cuando era niño, tenía tanto respeto a los Sacerdotes que, siempre que se encontraba con uno, se arrodillaba para besarle la mano.

LAS FLORES DE EULALIA

Ocurrió en los primeros siglos de la Iglesia. Hubo una niña, nacida en Barcelona, que fué las delicias de sus padres y mil veces bendecida por la gente pobre de aquella comarca: se llamaba Eulalia.

Con ser muy pequeñita, tenía un corazón bondadoso y lleno de generosidad para con los necesitados. Suponed cuánto le gustarían las joyas y brazaletes que le habían regalado. Pero ella disfrutaba más cuando lo podía repartir como limosna entre los pobres.

Cierto día llamó uno a la puerta de su casa. Sale Eulalia. No tenía nada que darle. ¿Le despediría sin limosna? No. Corre al lugar donde su madre guardaba las provisiones; coge unos panecillos y se los esconde entre las faldas de su túnica.

Al dirigirse a la puerta, su padre la sorprende:

—¿Dónde vas, Eulalia?

—¡Padre!, exclamó sin saber qué responder.

—¿Qué llevas ahí?

—Flores, contestó la niña.

—¿Flores? ¿Cómo es posible, si el campo está asolado por el hielo y por la nieve?

Se acercó a su hija y al cogerla lo que ocultaba quedó maravillado. Pues al soltar Eulalia los pliegues de su falda quedó el suelo cubierto de claveles y rosas que llenaron la casa de un olor exquisito.

La niña continuó siendo amable y caritativa. Hasta que un día Dios la premió sus buenas obras con la corona del martirio. En Barcelona descansan sus restos en un hermosísimo sepulcro de alabastro. Y a sus pies han ido a postrarse Reyes, Santos y otros personajes en el correr de los tiempos. Porque la niña de nuestra historia hoy se llama Santa Eulalia.

Besar la tierra

Un misionero llegó un día a una aldea, donde una anciana agonizaba. La confesó y administró los últimos Sacramentos, saliendo luego para otro pueblo.

A los dos días vió venir hacia sí un jovencito que, llegado a él, de rodillas y con aire de indecible ternura, le decía:

—Padre, quiero besar la tierra donde pisas.

—¿Y por qué, hijo mío?

—Porque tú confesaste a mi madre. Murió dos horas después, y si está en el cielo te lo debo a ti.

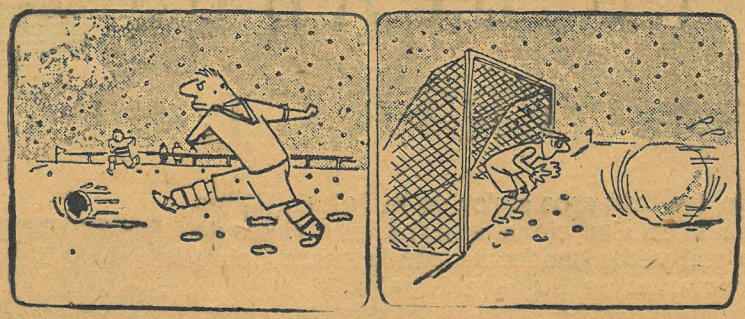
—o—

¡Besar la tierra que pisan los Sacerdotes! Esto mismo decía y sentía nuestra gran Santa Teresa.

Tened siempre vosotros mucho amor y respeto al Sacerdote y besad siempre con estos sentimientos sus manos consagradas, que tantas veces sostienen al Rey del Cielo.

No olvides que los niños celebráis también la Campaña pro Seminario. Pronto te darán una hojita para que anotes tus obsequios.

PAGINA AMENA



Chuta el delantero centro...

—Papá, al cielo le pica algo?

—¡Qué le va a picar, alma de cántaro!

—¡Toma! Y entonces, ¿para qué sirven los "rasca-cielos"?

Se murió un gitano, embustero cien por cien y, al sacarlo de casa para llevarlo al cementerio, decía la viuda, vertiendo un mar de lágrimas:

—¡Adiós, cuerpo de verdades!

—¡Cómo!—exclamó uno que le conocía—, ¡pero si en su vida no ha dicho una verdad!

—Por eso le llamo yo así —contestó la mujer—; porque se las lleva todas en el cuerpo.

—Dime, niño, ¿cómo te llamas?

—Unos me dicen "Doro" y otros "Teo".

—¡Entonces te llamarás Doroteo!

—No, señor. Me llamo Tecdoro.

Perico que sabe aún poco, se puso a leer una carta al revés. Y como no la entendía, dijo riéndose:

—¡Se necesita ser b r u t o! ¡¡Pues no la han escrito boca abajo!!

En las cercanías de Nueva York existe una fonda cuyo propietario es humorista. En las paredes de la casa se pueden leer letreros como estos:

"No viváis para comer, sino comed para que yo viva."

Y este otro: "Si no quedáis contentos, enviad a vuestros amigos. Se les puede gastar una broma."

Y el siguiente: "Sed originales; no os llevéis los cubiertos."

Y por si alguno tiene necesidad de quejarse, este aviso: "Para las reclamaciones, dirigirse al cajero. Es boxeador."

—Oye, ¿tú crees en el mundo?

—Yo sí.

—Pues yo no, porque es "una bola" muy grande.

Aventuras de "Tiburcio y Cogollo"

Por César Trapiello

46.—Entretanto los bandidos llegaban por la escalera de caracol a la salida de la roca. ¡De allí no escaparían los fugitivos!

47.—Pero éstos, contra lo que ellos suponían, escapaban otra vez a galope en los caballos.

48.—Y se quedaron los bandidos con la boca abierta, mirando desde la roca, como pingüinos sobre un iceberg.